





MUJERES DE VIDA
APASIONADA





María Pilar Queralt del Hierro

MUJERES DE VIDA
APASIONADA

TODOS POR UN SUEÑO



 *Editorial El Ateneo*

la esfera  de los libros

Queralt del Hierro, María Pilar

Mujeres de vida apasionada : todo por un sueño . - 1a ed., 3a reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo; La esfera de los libros, 2016.

256 p. ; 24x16 cm.

ISBN 978-950-02-0683-9

1. Historia Universal. I. Título.
CDD 909

Mujeres de vida apasionada. Todo por un sueño

© María Pilar Queralt del Hierro, 2010

© La Esfera de los Libros, S. L., 2010

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina, el Caribe y EE. UU.

Obra editada en colaboración con La Esfera de los Libros – España

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2016

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

E-mail: editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición en España: febrero de 2010

1ª edición en Argentina: octubre de 2012

3ª reimpresión en Argentina: marzo de 2016

ISBN 978-950-02-0683-9

Impreso en Buenos Aires Print,
Sarmiento 459, Lanús Este,
provincia de Buenos Aires,
en marzo de 2016.

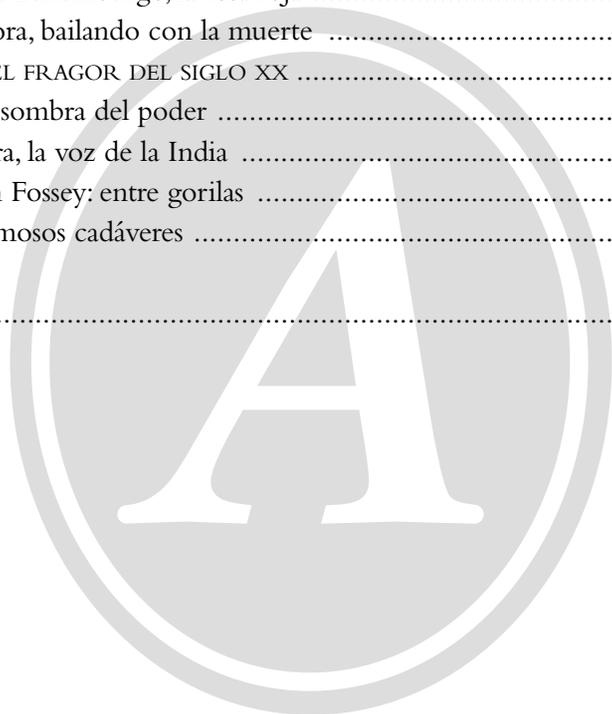
Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Prólogo</i>	13
I. EN EL ORIGEN DE LOS TIEMPOS	15
Jezabel, la reina maldita	19
Agripina: no sin mi hijo	23
Cleopatra, mucho más que una nariz	29
Pasión por la ciencia: Hipatia de Alejandría	37
La palma del martirio	45
II. EPOPEYAS MEDIEVALES	49
Juana de Arco, todo por un sueño	53
Trágica seducción	61
El enemigo en casa	71
III. PASIONES RENACENTISTAS	77
La espada de los Tudor	81
Crímenes en familia	95
Isabella di Morra, poeta de la soledad	99
IV. ILUMINADAS Y CONVICTAS	105
Auto de fe en Sevilla	109
Las brujas de Salem	115
La aventura de Kimpa Vita	119
V. VIENTOS DE REVOLUCIÓN	123
La princesa Tarakanova	127
El caso Távora	133
El acerado filo de la guillotina	137
Olympe de Gouges, mujer y ciudadana	151
Eleonora Fonseca, la poeta rebelde	155

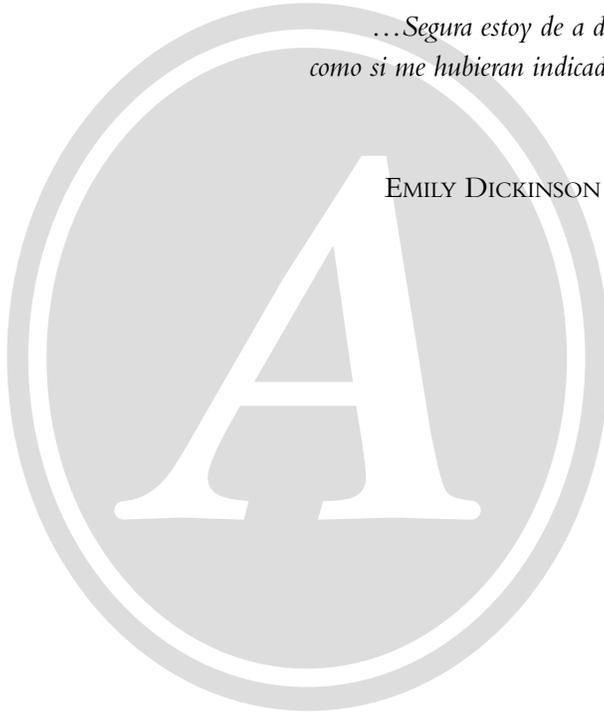
VI.	ROMÁNTICAS Y LIBERALES	161
	Mujeres en pie de guerra	165
	La bandera de la libertad	169
	La maldición de los Wittelsbach	173
VII.	A CABALLO ENTRE DOS SIGLOS	191
	Sangre en palacio: Draga de Serbia	195
	La enigmática Mata-Hari	199
	Rosa Luxemburgo, la rosa roja	205
	Isadora, bailando con la muerte	209
VIII.	EN EL FRAGOR DEL SIGLO XX	215
	A la sombra del poder	219
	Indira, la voz de la India	225
	Dian Fossey: entre gorilas	229
	Hermosos cadáveres	233
	<i>Bibliografía</i>	247



...Segura estoy de a dónde me dirijo
como si me hubieran indicado el derrotero.*

Certidumbre

EMILY DICKINSON (1830-1886)



* *Yet certain am I of the spot / as if the chart were given.*

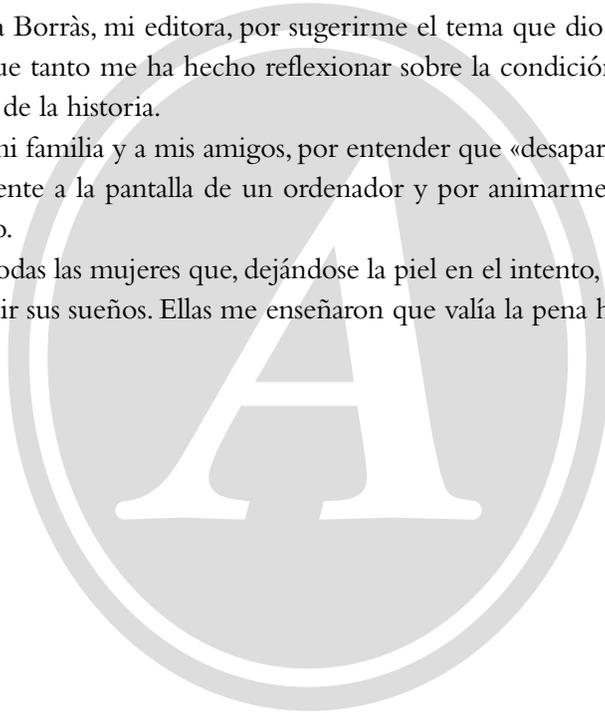


AGRADECIMIENTOS

A Maria Borràs, mi editora, por sugerirme el tema que dio pie a este libro y que tanto me ha hecho reflexionar sobre la condición femenina a lo largo de la historia.

A mi familia y a mis amigos, por entender que «desaparezca» horas y horas frente a la pantalla de un ordenador y por animarme a seguir haciéndolo.

A todas las mujeres que, dejándose la piel en el intento, lucharon por conseguir sus sueños. Ellas me enseñaron que valía la pena hacerlo.





PRÓLOGO

Un bel morir, tutta una vita onora,¹ aseguran los italianos. «Vive deprisa, muere joven y serás un bello cadáver»² apostillaron los «rebeldes sin causa» de los años cincuenta. Posiblemente ninguna de las mujeres que desfilarán por las páginas que siguen aprobaría tales sentencias.

No es aventurado pensar que todas hubieran preferido poder lograr sus ambiciones, seguir luchando por sus ideales o simplemente disfrutar de sus historias de amor durante una larga y apasionada vida. Pero la muerte, de forma imprevista y violenta, frustró sus esperanzas. Lo más trágico es que sus verdugos fueron siempre la intolerancia, los prejuicios, las ambiciones ajenas o incluso el mismo azar disfrazado de accidente.

Lo cierto es que la pasión —bien sea amorosa, ideológica, artística o simplemente vital— parece haber tenido consecuencias trágicas para el sexo femenino. Son muchos los casos en los que la consagración de una vida al arte, al amor, a una idea o a una causa política o religiosa ha tenido un trágico fin. La eterna lucha entre Eros y Thanatos, la pasión y la muerte, es una constante en la biografía de muchas mujeres a lo largo de todas las épocas y en todas las latitudes.

Así, Hipatia de Alejandría, las mártires cristianas, la sevillana María de Bohórquez y tantas otras, murieron a causa de la intolerancia religiosa. Una intransigencia que demonizó a Jezabel, sólo por haber defendido la fe en la que se había educado o que llevó a tachar de brujas a las mujeres

¹ Una muerte digna, honra toda una vida.

² La frase se atribuye al personaje interpretado por James Dean en *Rebelde sin causa* (*Rebel without a cause*, 1955), de Nicholas Ray, pero también a Jim Morrison, vocalista del grupo The Doors, y al movimiento punk de los años ochenta.

implicadas en el proceso de Salem, a la congoleña Kimpa Vita y a la misma Juana de Arco, luego canonizada por la Iglesia católica.

Algunas mujeres, como Inés de Castro o Leonor de Guzmán, fueron ejecutadas porque sus historias de amor entraban en franca oposición con los intereses políticos de la época. Y qué decir de aquellas otras que, como Beatrice Cenci, Isabella di Morra o tantas víctimas de la violencia de género, descubrieron con horror que sus verdugos vivían bajo su mismo techo y murieron a manos de sus propios maridos, hermanos o hijos.

Vientos de revolución acabaron con María Antonieta, víctima propiciatoria de los excesos de la monarquía absoluta, después de manchar su buen nombre con una leyenda de frivolidad que no deja de ser más que una verdad a medias. Y no fue la única que acabó sus días bajo el aguzado filo de la guillotina. Otras, como Olimpia de Gouges, hubieron de subir las escaleras del patíbulo por atreverse a reclamar unos derechos que la sociedad les negaba sólo por ser mujer. En nombre de la libertad, cayó también Mariana Pineda, mientras que la política se convirtió en el pretexto idóneo para acabar con la vida de Rosa Luxemburgo o de la misma Mata-Hari.

El azar también jugó su papel y, después de una vida intensa y trágica, un incidente absurdo acabó con los sensuales movimientos de Isadora Duncan. La muerte no respetó tampoco a los íconos de la belleza y el glamour del siglo xx y tres accidentes de tráfico costaron la vida a Astrid de Bélgica, Grace Kelly y Diana de Gales. Frente a ellas, el siglo xx tuvo que ver impasible cómo las balas de cazadores furtivos acababan con Dian Fossey, la apasionada defensora de los gorilas.

Como ellas, muchas otras mujeres, equivocadas o no, dieron la vida por un sueño. Unas quedarán eternamente relegadas al anonimato, de otras se conocen sus nombres. Justo es, pues, que las recordemos.

CAPÍTULO I
EN EL ORIGEN DE LOS TIEMPOS





Jezabel, Agripina, Cleopatra, Hipatia, Lucía... Mujeres fuertes que no se arredraron a la hora de conseguir sus propósitos. Se entregaron con pasión a una causa bien política, bien religiosa, pero en ningún momento cedieron a presiones de los poderosos o a la tentación de nadar a favor de la corriente.

La historia, sin embargo, no ha sido demasiado generosa con ellas cuando o bien las ha tachado de ambiciosas, ha distorsionando su imagen o, simplemente, las ha demonizado. En cualquier caso, la mención o el olvido que sus nombres han merecido a través de los siglos responde a que, en un mundo de hombres, sus capacidades no fueron comprendidas, valoradas, ni admitidas. Ciertamente que, en la Antigüedad, la ciencia, el arte o el saber no le fueron negados a las mujeres, pero también que se les exigió que su dominio de cualquiera de estas materias permaneciera en el ámbito doméstico para mayor honra y disfrute de sus padres, maridos o hijos.

Algunas de ellas, como Agripina la Menor, aceptaron el juego y decidieron demostrar sus dotes políticas por persona interpuesta, en este caso a través de su hijo Nerón. Otro tanto hizo Jezabel, la «mala» por excelencia de la Biblia, que prefirió ejercer su influencia sobre su marido y cuando enviudó, ocultó tras el gobierno efectivo de sus hijos Ocozías y Joram, tomar las riendas del poder para, al fin, caer víctima de la intolerancia religiosa. Un escollo con el que tropezaron tanto pensadoras de la talla de Hipatia de Alejandría, como la mayoría de las mártires cristianas (Bárbara, Lucía, Ágata y tantas otras, que pagaron con su vida su entrega apasionada a la nueva fe).

El mito también jugó su papel y, en el caso de Cleopatra, se prefirió obviar sus excelentes condiciones de estadista, para perpetuarla como una mujer bellísima que arrastró a la perdición no sólo a un hombre, sino a un pueblo entero.



JEZABEL, LA REINA MALDITA

Según la Biblia, Jezabel fue la encarnación misma del mal. El arquetipo de la mujer liviana y ambiciosa que, movida por sus propios intereses, causa la perdición de todo aquel que cae en sus redes.³ Sin embargo, la historia y la arqueología hablan de una mujer enérgica y culta, princesa fenicia por nacimiento y reina de Israel por matrimonio, que sólo pretendió ser fiel a la religión que le habían inculcado sus mayores, y reforzar el poder de la corona frente a la todopoderosa clase sacerdotal israelí.

Desde que en 1938, William Wyler dirigió la película *Jezabel*, el nombre de la fascinante princesa fenicia quedó para siempre ligado a los ojos eternamente asombrados de Bette Davis. Sin embargo, la película⁴ poco tenía que ver con la peripecia de la heroína bíblica que le prestó el nombre. Por el contrario, se trataba de un melodrama romántico nacido a la estela del éxito de *Lo que el viento se llevó* (*Gone With the Wind*, 1936), en el que Davis, a quien daba réplica un jovencísimo Henry Fonda, hacía gala de su talento dramático encarnando a una atractiva y ambiciosa sureña. Lo único que tenían en común la auténtica Jezabel con su tocaya cinematográfica era, además del nombre, ciertos rasgos caracterológicos que habían hecho a la princesa fenicia acreedora de la lindezas que le dedican las páginas del Antiguo Testamento, a saber: una decidida voluntad de conseguir sus propósitos, un carácter poderoso y alguna que otra oscura pasión.

La auténtica Jezabel había nacido hacia el 900 a.C. Era hija de Etbaal, rey de Sidón, un monarca despótico, fanático adorador de Baal y un mo-

³ *En verdad, ninguno fue como Acab, que se vendió para hacer lo malo ante los ojos de Jehová; porque Jezabel, su mujer, lo incitaba.* Libro de los Reyes I, 21-25.

⁴ Basada en la obra teatral homónima de Owen Davis (1933).

delo de conducta no demasiado recomendable, ya que había asesinado a sus dos hermanos mayores para hacerse con el trono.

Por entonces, Sidón era una próspera ciudad fenicia cuyos marinos comerciantes se habían expandido por todo el Mediterráneo. No es de extrañar que Acab, séptimo rey de Israel, tuviera interés en emparentar con tan poderoso vecino. El matrimonio con una princesa fenicia no sólo implicaba una importante inyección económica para las maltrechas arcas del reino, exhaustas después de las continuas guerras contra Asiria, sino que iba a permitir que Israel dispusiera de un punto de acceso al Mediterráneo que reforzara los intercambios comerciales con otros pueblos costeros.

A Etbaal, por su parte, la alianza le ofrecía la posibilidad de abrirse paso hacia el interior, una atractiva perspectiva desde el punto político y comercial. Por tanto, aceptó gustoso el matrimonio de su hija con el rey israelí obviando que, según parece, ésta había decidido consagrarse como sacerdotisa de Baal, el más importante de los dioses del panteón fenicio, una decisión que, todo sea dicho, no la obligaba al voto de castidad sino todo lo contrario.⁵

Consumado el matrimonio, Acab debió sorprenderse al ver que Jezabel, que había recibido una esmerada educación y estaba dotada de una poderosa personalidad, no se contentaba con ser una mera moneda de cambio y ejercer el papel de consorte pasiva y vientre fértil para mayor gloria de Israel. Por el contrario, la joven fenicia no tardó en mostrarse bien dispuesta a tomar parte en el gobierno del reino y, puesto que era una mujer de firmes convicciones religiosas, comenzó por implantar en Israel el culto a Baal y a la diosa Asera, su complemento femenino. A decir de las Sagradas Escrituras, no encontró objeción alguna por parte de Acab, ya que gracias a su belleza y considerable inteligencia, rápidamente se hizo con la voluntad de su enamorado esposo.

Pero no hay que olvidar que el reino era apenas una teocracia. El poder de la clase sacerdotal hebrea apenas no conocía límites. Con la rápida proliferación del nuevo culto, los sacerdotes israelitas debieron verse amenazados en su omnipotencia y, de alguna manera, obligados a renunciar a

⁵ Las sacerdotisas de Baal estaban obligadas a prostituirse para el mantenimiento del culto y del templo.

una parte del pastel del poder. Evidentemente, montaron en cólera y se organizaron para movilizarse contra la joven reina.

Ni Acab ni su esposa pensaban consentirlo. La oposición fue reprimida con dureza. Para reforzar sus defensas, la reina llamó a su lado a medio centenar más de sacerdotes al servicio de Baal y otros tantos al de Asera, siempre, claro está, a cargo del tesoro público. La respuesta, en forma de levantamiento popular, no se hizo esperar y Jezabel pasó de ser la aliada perfecta para la expansión del reino a convertirse en una extranjera que intentaba acabar con la sacrosanta tradición del Dios de Abraham.

Elías, un enemigo peligroso

La antaño princesa fenicia no pareció preocuparse. Se sentía fuerte y poderosa, le guiaba una fe en la que creía ciegamente, y contaba con el apoyo del rey y de buena parte de la corte, ya convertida al culto a Baal. Pero no contaba con un poderoso enemigo: el profeta Elías —hoy pasto de teorías esotéricas que le quieren arrebatado por un OVNI y no por el carro de fuego que asegura la Biblia— que, empeñado en la defensa del dios de Israel, se enfrentó abiertamente a la reina, a quien acusó no sólo de fomentar el paganismo sino de conducta liviana; una acusación, por cierto, repetida una y otra vez a través de la historia cuando se trata de denigrar a una mujer.

El profeta contaba a su favor con el apoyo de Abdías, gobernador de la casa del rey, y con el argumento que le facilitaba el episodio de la viña de Nabot. Parece ser que Acab, con el propósito de ampliar su jardín, había querido comprar un viñedo que lindaba con su palacio a un campesino llamado Nabot. Como el propietario se negara a la transacción, Jezabel urdió una compleja trama en la que el labrador pasó por traidor ante sus propios convecinos, quienes acabaron por lapidarlo. En consecuencia, a la muerte del campesino, la viña pasó a ser jurisdicción real tal como mandaba la ley israelí.

Elías afeó una y mil veces su conducta a Jezabel. Y, alentado por sus seguidores, maldijo a Acab diciendo:

¡Mataste y te apropiaste de lo ajeno! Por eso, así habla el Señor: «En el mismo sitio donde los perros lamieron la sangre de Nabot, allí también lamerán

tu sangre». ⁶Y añadió: «Yo voy a atraer la desgracia sobre ti: barreré hasta tus últimos restos y extirparé a todos los varones de la familia de Acab, esclavos o libres en Israel. Dejaré tu casa como la de Jeroboám, hijo de Nabot, y como la de Basá, hijo de Ajías, porque has provocado mi indignación y has hecho pecar a Israel». Y el Señor también ha hablado contra Jezabel, diciendo: «Los perros devorarán la carne de Jezabel en la parcela de Izreel. Porque a aquél de la familia de Acab que muera en la ciudad, se lo comerán los perros, y al que muera en despoblado, se lo comerán los pájaros del cielo». ⁷

Y luego de pronunciar tal perorata, Elías, temiendo con razón la cólera real, hizo caso al sentido común y huyó al desierto, donde se escondió con ayuda de sus fieles.

Pero la semilla del descontento ya estaba sembrada. Elías y sus seguidores contaban con el apoyo de Jehú, un general del ejército de Acab, que, a la muerte de éste en una nueva batalla contra los sirios, se levantó en armas y asesinó a sus hijos y sucesores, Ocozías y Joram.

Seguro de su victoria, Jehú se dirigió a palacio. Allí le esperaba Jezabel dispuesta a afrontar su destino con la dignidad que correspondía a su rango. Según la Biblia, al verle aproximarse, se asomó a una balconada y le increpó. Como respuesta, el general rebelde, sin pensárselo dos veces, mandó a dos de sus seguidores que la defenestrasen. Luego, entró en palacio, donde, siempre según la Biblia, «comió y bebió» antes de ordenar que dieran a Jezabel la sepultura que, como hija de reyes, le correspondía. La sorpresa fue que, al salir en busca del cuerpo de Jezabel, sólo hallaron sobre el pavimento su cráneo, sus pies y sus manos. El resto del cadáver había sido devorado por los perros. Se había cumplido, pues, la maldición de Elías.

Fue el trágico fin de una mujer fiel a sus principios, a la que no le importó luchar contracorriente, ni enfrentarse a los sectores más tradicionalistas de su país de adopción. El crimen tuvo, además, nefastas consecuencias para los israelitas ya que, rota la alianza con los fenicios, Jehú se vio forzado en el 838 a convertirse en tributario de Salmanasar III, rey de Asiria. Era el principio del fin del reino de Israel.

⁶ Libro de los Reyes I, 21,19.

⁷ Libro de los Reyes I, 21,21-25.

AGRIPINA: NO SIN MI HIJO

El poder apasionó a Agripina la Menor tanto o más que a Jezabel. Y ambas, en razón del tiempo que les tocó vivir, lo ejercieron por persona interpuesta. Jezabel, a través de Acab y de sus hijastros Ocozías y Joram; Agripina, a través de Nerón, su hijo bienamado. Porque si algo hubo en su vida que le arrebatara tanto o más que el poder, fue su hijo. Lo que nunca pudo suponer es que ese amor ciego acabaría por costarle la vida.

Bisnieta de Augusto, Agripina había nacido del matrimonio de Germánico, hijo adoptivo de Tiberio y su probable sucesor, y de Agripina, nieta de Augusto, de ahí que para diferenciarla de su progenitora la historia le haya añadido el epíteto de «la Menor». Junto a sus hermanos, Drusila, Livina, Nerón, Druso y Cayo Calígula, creció feliz en Antioquía, hasta que en el año 19 d.C. la muerte de su padre obligó a que madre e hijos se trasladaran a Roma.

Una vez allí, la enérgica y ambiciosa viuda de Germánico se negó a renunciar a sus sueños de poder e inculcó a sus hijos la idea de que, como hijos de Germánico, el trono imperial les correspondía por derecho propio. Dispuesta a dar a sus hijos aquello que el destino le había arrebatado, intrigó sin descanso hasta que una de sus muchas conspiraciones acabó con la muerte de sus hijos Nerón y Druso, y con su propio destierro.

Claro que, como dice el refrán, nadie escarmienta en cabeza ajena. Por eso, la joven Agripina, que por entonces sólo contaba con diecisiete años de edad, decidió que lo que su madre no había conseguido, iba a lograrlo ella. Convencida de haber nacido para la gloria, apostó por convertirse en dueña y señora del destino de Roma. Y, para conseguirlo, optó por utilizar el lenguaje que mejores resultados daba en ese ámbito: el de la seducción.

No le faltaban armas. Agripina, pese a que hoy no podría desfilarse en las pasarelas a causa de sus orondas formas, era realmente bella. Tenía un

cuerpo bien proporcionado y un rostro ovalado de facciones correctas, en el que destacaban unos sensuales labios y un mentón adelantado que hablaba por sí solo de su fuerza de voluntad.

Tampoco carecía de experiencia. Roma entera se hacía lenguas sobre la peculiar relación que mantenían entre sí los huérfanos de Germánico y se aseguraba que Cayo, apodado Calígula, alternaba los favores de sus tres hermanas. Enterado y escandalizado, Tiberio decidió procurarles las correspondientes parejas que dignificaran sus ardores con el lazo del matrimonio. A Agripina le tocó en suerte Gneo Domicio Enobardo, un hombre bastante mayor que ella, pero que se hacía perdonar sus años y la escasez de sus encantos gracias a su abundante patrimonio y elevada alcurnia. De tan desigual unión nació, en el año 37, un varón, Lucio Domicio Enobardo, que pasaría a la historia como Nerón.

El hombre de su vida

Agripina estaba feliz. Ante ella se abría el camino idóneo para alcanzar el trono imperial: un hijo varón. El destino, pues, parecía ser su mejor cómplice. Los muchos hombres que habían pasado por su vida habían sido meras anécdotas. Un marido podía repudiarla o simplemente sustituirla por una amante. Un hijo, no. Ella lo educaría a su imagen y semejanza, se le haría imprescindible y él, cuando llegara a emperador, la necesitaría siempre a su lado.

Las circunstancias siguieron poniéndose de su parte. Calígula, ya emperador, daba cada vez más muestras de desequilibrio mental. Tras la muerte de su hermana Drusila, de la que estaba profundamente enamorado, había instaurado el culto a su memoria; su vida era una continua orgía y, en su delirio, llegó a deificar a su caballo. Sus enemigos políticos se multiplicaban y Agripina veía el poder cada vez más cerca.

Entretanto, se dedicó a consolar al viudo oficial de la difunta Drusila: su marido, Emilio Lépidio. En su compañía, partió hacia las Galias en misión oficial, pero el viaje acabó con un turbio proceso contra el viudo y su amante, acusados ambos de alta traición. El castigo fue macabro y teatral a un tiempo: Lépidio fue ajusticiado y Agripina condenada al des-

tierro en las islas Pónticas en compañía del cadáver de su cuñado y amante. Pero, por fortuna para ella, el forzado exilio resultó efímero. Calígula fue asesinado, y su sucesor, Claudio, le permitió regresar a Roma.

El nuevo emperador era un cincuentón prudente e inteligente, pero no lo suficiente como para entrever las consecuencias de su clemencia. Por entonces, Agripina era una joven y adinerada viuda, gracias a la herencia recibida de su segundo marido, Cayo Salustio Crispo Pasieno, quien, a su vez, había heredado una inmensa fortuna del historiador Salustio. No tardó, pues, en introducirse en palacio en virtud de su condición de sobrina del emperador. Allí, según Suetonio, aprovechó «las mil y una ocasiones que tenía para abrazar y seducir al emperador». Y Claudio, el honrado, sensato y sensible Claudio, se rindió sin ambages a los encantos de su ambiciosa sobrina. Tanto que, a comienzos del año 49, tras conseguir del Senado la derogación de la ley que condenaba el matrimonio entre parientes próximos, la hizo su esposa. Agripina se encontró con el camino abierto para conseguir sus fines: no solo tenía al emperador —o lo que es lo mismo, al Imperio— en sus manos, sino que se le abría la posibilidad de ser origen de una nueva dinastía.

No iba a costarle demasiado. En la Roma de Claudio, con el Senado desacreditado por corrupto y la plebe urbana reclamando con fuerza sus derechos, urgía reforzar el poder imperial. Es decir, constituirse en una monarquía absoluta y hereditaria, dos condiciones que reforzaban de manera extraordinaria el poder de la emperatriz. Dispuesta a aprovechar una ocasión única, se apropió de los atributos reservados a las diosas, como la corona de espigas de Ceres, y se ciñó la corona de laurel que hasta entonces sólo había estado reservada al emperador. Sentada al lado de Claudio primero, y de Nerón después, recibió a embajadores, dispensó audiencias públicas, mandó acuñar moneda con su efigie y gozó de privilegios reservados sólo a las diosas o a las vestales.

Entretanto, confió la educación de su hijo al cordobés Séneca, ya que sus actuales prerrogativas no le habían hecho olvidar su propósito inicial: para afianzar el destino de su hijo, éste precisaba de una esmerada educación. Ciertamente que en su camino se interponía un niño, Británico, hijo de Claudio y su primera esposa, Mesalina, pero ya había conseguido que Claudio adoptara a Nerón. Para evitar que cambiara de opinión, optó por

«acelerar» el ciclo de la vida de su marido. Contrató con ese propósito los inestimables servicios de Locusta, una prestigiosa envenenadora profesional, que aderezó convenientemente un plato de setas que Claudio cenó la noche del 13 al 14 de octubre del año 54.

No contaba con que el más sabio la yerra, y eso le pasó a Locusta. El veneno no actuó de la forma prevista y simplemente consiguió que el emperador sufriera algún que otro desarreglo intestinal. Decidida a rematar la faena, Agripina recurrió a Estertinio Jenofonte, el médico imperial, quien convenció al emperador de la necesidad de provocarse el vómito. Luego, ella misma se encargó de proporcionarle la pluma de ave que, con fines eméticos, el médico introdujo en la garganta de Claudio. Evidentemente, ésta estaba envenenada y, pocas horas después de tan «terapéutica» maniobra, el emperador murió.

De *Optima Mater* a enemiga

De inmediato, Agripina, ayudada por unos secuaces capitaneados por Palas, su joven amante, expandió por Roma toda clase de bulos y rumores que implicaban a Británico en la muerte del emperador, mientras que elementos de la guardia pretoriana convenientemente sobornados lanzaban aclamaciones a Nerón. Es decir, orquestó una perfecta operación de marketing que logró crear un estado de opinión favorable para que el Senado proclamara emperador a su idolatrado hijo.

Lo consiguió. Además, Nerón sólo tenía diecisiete años y, por tanto, ella era quien empuñaba las riendas del Imperio. Por si alguien lo dudaba, se hizo proclamar *optima mater* por el joven emperador y, aunque por poco tiempo, hizo y deshizo a su antojo. Claro que ejercer el poder y tratar al emperador con esquemas y modos domésticos nunca fue una buena idea. Negándose a reconocer que Nerón ya no era un niño, Agripina le daba largas peroratas sobre todo lo divino y lo humano, le reprendía sobre su conducta e interfería en todos los ámbitos de su vida pública o privada.

Por eso, cuando apareció en su vida una mujer que, como su madre, halagaba de continuo su ego pero que lo hacía sin pretensión alguna de

mando, Agripina pasó inmediatamente a un segundo plano. Por si fuera poco, era joven y bonita. Se llamaba Acté y fue posiblemente el único amor verdadero en la vida del emperador. Recibió del enamorado Nerón todos los honores y Agripina, pese a sus reproches, a sus intrigas, y a sus protestas, quedó relegada al papel de segundona y se vio obligada a abandonar la mansión imperial.

La reconciliación entre madre e hijo no hubiera tardado en producirse de no ser por la aparición de una enemiga peor que la dulce Acté. Rubia —algo infrecuente en tierras latinas y por tanto muy apreciado—, escultural y de modales tímidos y recatados, contaba con una aureola de pieza inconquistable que la hacía aún más codiciada. Se llamaba Popea,⁸ estaba casada con Otón, favorito del emperador, y, en realidad, su fama de casta esposa no era sino puro artificio. Como la mayoría de las damas romanas, que tenía como libro de cabecera el *Ars amandi* de Ovidio, era muy diestra en las artes amatorias. Encandiló a Nerón y, una vez rendida la plaza, sentó sus reales en ella.

Decidida a presentar batalla, Agripina, buena conocedora de las debilidades de Nerón, no dudó en intentar seducirlo. O, para hablar con más propiedad, en hacerlo de nuevo, puesto que la mayoría de historiadores están de acuerdo en el carácter incestuoso de las relaciones entre madre e hijo. Todo fue en vano. Popea había cautivado por completo al emperador, quien la había convertido en su esposa. Ante ese estado de cosas, Agripina, sin darse por vencida, se retiró a su villa de Anzio en busca de nuevas estrategias.

Allí, en la primavera del 59 d.C., le sorprendió que Nerón la reclamara de nuevo a su lado. Una vez en presencia del emperador, el afectuoso recibimiento con que la acogió le hizo olvidar toda desconfianza. Tal vez, se dijo, la necesitaba a su lado. Quizá —ella conocía la inconsistencia de los sentimientos de los hombres—, Popea había decaído en su

⁸ Tras convertir a Popea en su amante, Nerón obligó a su marido a repudiarla y, a su vez, él se divorció de su esposa Claudia Octavia, a quien mandó ejecutar posteriormente. Tras casarse con Popea, accedió a todos sus caprichos y, a la muerte de Agripina, colmó su ambición nombrándola emperatriz. No obstante, el destino de Popea no fue mejor que el de sus víctimas: en el año 65, cuando estaba embarazada de su segundo hijo, falleció a causa de un aborto provocado por un puntapié de Nerón.

estima y, necesitado de consejo y protección, la reclamaba a ella, a su madre, a la única mujer que nunca le fallaría. Pecaba de ingenua. No tardó en comprobar que todo era una artimaña bien orquestada para asesinarla.

Pareció que los dioses estaban de su lado y, por unas pocas horas, logró escapar a su destino. Refugiada de nuevo en su mansión, al día siguiente recibió una visita inesperada. Se trataba de una pequeña guarnición al servicio del emperador capitaneada por el prefecto Aniceto. Acompañado por un par de hombres armados, penetró bruscamente en sus aposentos. Uno de los soldados se abalanzó sobre la emperatriz madre y la golpeó. Agripina se tambaleó pero se recobró y, buscando dar ejemplo de dignidad y valentía, abrió su túnica para dirigirse hacia Aniceto, que esgrimía un afilado puñal, y decirle desafiante:

—¿A qué esperas? ¡Hiere este vientre que ha cobijado a Nerón!

Y murió proclamando aquello por lo que había vivido: su condición de madre del emperador.

